

Fe en Tiempos de Espera

1 Reyes 18.41~45



Joanna Molina-Acuña

Contenido

Bienvenida	4
Playlist Spotify	5
Sugerencias para enriquecer el estudio	6
Texto bíblico: 1 Reyes 18.41–45	7
1. Contexto del pasaje.....	8
Un pueblo en decadencia espiritual	8
Acab: un liderazgo sin temor de Dios	8
Jezabel: influencia que acelera la caída	8
El portento en el Carmelo	9
La pausa como acto intencional de Dios.....	9
Para meditar	11
Notas y observaciones	12
2. El propósito de la pausa	13
Cuando Dios parece guardar silencio.....	13
Cuando la espera duele	13
Para meditar	16
Notas y observaciones	17
3. Acab y la rebeldía disfrazada.....	18
La rebeldía que se esconde tras el silencio.....	18
Rebeldía disfrazada de obediencia	19
Para meditar	22
Notas y observaciones	24
4. Nada hay oculto para Dios	25
La omnisciencia de Dios	25
La rebeldía que no siempre se ve	26
Para meditar	28
Notas y observaciones	29
5. Elías y la fe en lo invisible.....	30
Una fe inquebrantable	30
1. Elías afirmó que escuchaba lo que aún no estaba escuchando	30
2. Elías buscó al Señor en oración	31
Buscó un lugar apartado	31
Se inclinó hasta el suelo.....	32
Puso el rostro entre las rodillas	32
Para meditar	33
Notas y observaciones	35
6. La fe que persevera cuando no hay respuesta	36
3. Elías perseveró en la oración	36
El ejemplo de Jesús.....	37
Para meditar	39
Notas y observaciones	40
7. El Señor siempre responde.....	41
El formato de la respuesta.....	41

Una respuesta progresiva	41
Una respuesta abundante	41
La oración contestada	42
Para meditar	45
Notas y observaciones	46
8. Orar conforme a Su voluntad	47
Una oración que busca la gloria de Dios.....	47
La respuesta que siempre llega	48
Un Dios conocido, una oración segura	49
Para meditar	50
Notas y observaciones	51
9. Dos decisiones en medio de la espera.....	52
Como Acab: una rebeldía disfrazada de obediencia	52
Como Elías: una fe firme, activa e inquebrantable	52
Las preguntas que confrontan	53
Para meditar	55
Notas y observaciones	57
10. Enseñanzas prácticas para el diario vivir	58
Anexo A: Datos informativos de los montes en el Antiguo Testamento	62
Anexo B: Medita en la siguiente información	63
Anexo C: Lee con atención.....	64
Acerca de mí	65

Bienvenida

Querida lectora,

Tienes en tus manos más que un cuaderno de trabajo; es una invitación a caminar guiada por la Palabra de Dios en una de las estaciones más formativas de la vida cristiana: la espera.

Esperar confronta y duele, especialmente cuando Dios parece guardar silencio. Pero la Escritura nos recuerda que la espera no es un tiempo perdido; es una temporada donde Dios obra en lo profundo, aun cuando no lo vemos.

Este estudio de *Fe en Tiempos de Espera* ha sido diseñado como un recorrido para ayudarnos a llevar la verdad bíblica desde la lectura hasta la práctica. Con el ejemplo del profeta Elías, seremos guiadas a examinar nuestro corazón y a fortalecer una fe activa en medio de la pausa divina.

Este no es un manual de respuestas rápidas ni fórmulas mágicas. Es un estudio serio y seguro para ayudarnos a fundamentar y permanecer con honestidad delante del Señor, para aprender a confiar y a recordar que sus silencios nunca son ausencia, descuido o desamor.

Mi oración es que, al avanzar día a día en este devocional, podamos escuchar —como Elías— la lluvia antes de verla, y que este tiempo transforme tu manera de esperar, afirmando tu confianza en Aquel que siempre cumple Su Palabra.

¡Empecemos! Caminemos juntas, un día a la vez.

Con cariño,
Joanna Molina-Acuña

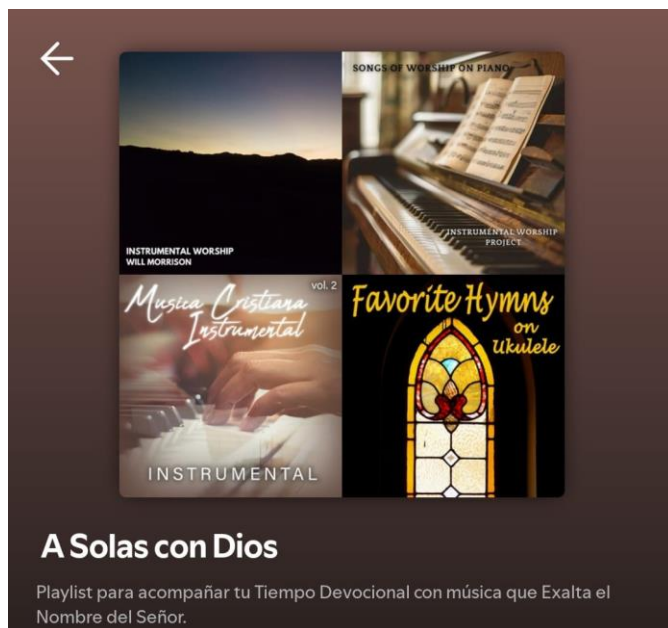
"La espera no es ausencia de respuesta, es la preparación para el torrente de bendición que viene."

Playlist Spotify

He preparado para ti una selección de música instrumental diseñada para ayudarte a silenciar el ruido exterior y enfocar tu corazón en tus tiempos a Solas con Dios.

Escanea este código QR para abrir la playlist preparada intencionalmente para exaltar el nombre del Señor y complementar tu Estudio Devocional con alabanzas de adoración.

ESCANÉAME:



Sugerencias para enriquecer el estudio

Este formato está diseñado para ayudarte a usar este estudio de manera progresiva y pausada.

1. Prepara tu altar:

Busca un rincón tranquilo. Es importante que estés completamente comfortable.

2. Echa ‘un vistazo’:

Antes de empezar, echa un vistazo del estudio, a ‘vuelo de pájaro’.

3. Concéntrate:

Lee la sección correspondiente en el documento. Responde las preguntas de reflexión personal con honestidad y transparencia. Usa la hoja de Notas y Observaciones para plasmar tus aprendizajes o comentarios.

4. Lee el texto:

Lee todos los días 1 Reyes 18.41–45 para familiarizarte con el texto base.

5. Aplica lo aprendido:

No cierres el estudio sin definir una acción concreta para poner en práctica en tu día. Pregúntate: ¿Cómo voy a ejercitar mi fe hoy? Permítete escuchar la lluvia. Presta atención a las pequeñas señales que Dios te da.

6. Sé persistente:

Si un día no puedes completar el estudio, no te culpes. Simplemente retoma al día siguiente. Recuerda que no estás en una competencia y que la constancia siempre tiene resultados.

Texto Bíblico

1 REYES 18.41–45

⁴¹Entonces Elías le dijo a Acab:

—Anda a tu casa, y come y bebe, porque ya se oye el ruido de un torrencioso aguacero.

⁴²Acab se fue a comer y beber, pero Elías subió a la cumbre del Carmelo, se inclinó hasta el suelo y puso el rostro entre las rodillas.

⁴³—Ve y mira hacia el mar —le ordenó a su criado.

El criado fue, miró y dijo:

—No se ve nada.

Siete veces le ordenó Elías que fuera a ver, ⁴⁴y la séptima vez el criado le informó:

—Desde el mar viene subiendo una nube. Es tan pequeña como una mano.

Entonces Elías le ordenó:

—Ve y dile a Acab: “Engancha el carro y vete antes de que la lluvia te detenga”.

⁴⁵Las nubes fueron oscureciendo el cielo; luego se levantó el viento y se desató una fuerte lluvia. Y Acab se fue en su carro hacia Jezrel.

Contexto del Pasaje

Un pueblo en decadencia espiritual

Para comprender correctamente 1 Reyes 18.41–45, es necesario mirar brevemente el escenario espiritual que lo precede. Este recorrido es la antesala del texto que estudiaremos en este manual.

Todo empieza desde 1 Reyes 15. La narrativa bíblica muestra una sucesión de reyes que hicieron lo malo delante de los ojos del Señor. Una larga lista avanza de versículo en versículo hasta llegar a un rey llamado Omrí, de quien se dice, no solo que hizo lo malo ante los ojos del Señor, sino que además pecó más que todos los reyes que lo precedieron.

Acab: un liderazgo sin temor de Dios

Sin embargo, después de Omrí llegó Acab, su hijo.

Acab es presentado como uno de los peores reyes de Israel. La Biblia dice que Acab hizo lo malo ante los ojos de Dios, más que todos los reyes que lo antecedieron, pero llegó a ser incluso peor que su propio padre, ya que hizo más para provocar la ira del Señor que todos los monarcas que reinaron antes de él (1 Reyes 16.30–33).

No solo continuó con la idolatría, sino que la profundizó. Se casó con una mujer pagana, construyó altares a Baal, levantó templos paganos, y condujo al pueblo a una muerte espiritual y una vida corrompida.

Su liderazgo no fue neutral. Fue activamente dañino, alejando al pueblo del pacto con Dios. La desobediencia se normalizó, la idolatría se institucionalizó y el corazón del pueblo se fue endureciendo progresivamente. El pecado ya no era una excepción, sino una práctica aceptada.

Jezabel: influencia que acelera la caída

Jezabel fue la esposa de Acab. Esta mujer aparece como un factor principal en la decadencia espiritual del rey y de Israel. No es el centro del estudio, pero su presencia explica el clima espiritual que rodea el texto base.

Ella promovió la adoración a Baal, persiguió a los profetas de Dios, reforzó la rebeldía del rey y legitimó la injusticia y la violencia.

Bajo su influencia, la idolatría dejó de ser privada y se convirtió en política nacional. Jezabel era hija de *“Et Baal, rey de los sidonios”* (1 Reyes 16.31). Era una mujer idólatra, defensora acérrima de los dioses paganos y capaz de matar a cualquiera que estuviera en contra de sus creencias y prácticas herejes.

El portento en el Carmelo

En 1 Reyes 18.7–40, versos previos a la base bíblica de este estudio, Dios se revela con poder ante el pueblo en el monte Carmelo.

En ese momento, el fuego desciende, Baal queda evidenciado como un dios falso y el pueblo de Israel reconoce momentáneamente que Jehová es el verdadero Dios.

Estos versos narran uno de los acontecimientos más impactantes de toda la Escritura. El Señor, por medio del profeta Elías, confrontó a Acab y convocó al pueblo junto con los profetas de Baal. En 1 Reyes 18.19 también se mencionan los cuatrocientos profetas de Aserá sostenidos por Jezabel, aunque el relato del desafío en el Carmelo se concentra en los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal.

Ese día, los profetas de Baal quedaron completamente expuestos e impotentes delante del Todopoderoso y único Dios de Israel. Frente al pueblo, el Señor manifestó Su poder y grandeza para mostrar, una vez más, que no hay otro como Él. Al final de esta porción, el v. 39 dice: *“Cuando vieron esto, todos se postraron y exclamaron: «¡El Señor es Dios! ¡El Señor es Dios!»”*.

Sin embargo, aquel reconocimiento público no produjo una transformación duradera en Acab. El relato posterior muestra que el rey continuó resistiéndose al Señor.

Como consecuencia de tantos años de pecado, idolatría y resistencia, Dios permitió una prolongada sequía sobre Israel. Santiago 5.17 indica que este período duró tres años y medio. Posteriormente, *«Después de un largo tiempo, en el tercer año, la palabra del Señor vino a Elías y le dijo: “Ve y preséntate ante Acab, porque voy a enviar lluvia sobre la tierra”»* (1 Reyes 18.1).

La pausa como acto intencional de Dios

Esta es la parte que desarrollaremos en este estudio. Se encuentra en 1 Reyes 18.41–45. De estos versículos extraeremos valiosas enseñanzas que nos servirán para cuando lleguen los días de ejercitar la *Fe en Tiempos de Espera*.

La espera de Elías en 1 Reyes 18.41–45 no es pasiva ni caótica. Es una pausa serena y cargada de propósito. Este pasaje nos permite observar cómo, en medio de la espera, quedan al descubierto actitudes muy distintas: la resistencia de Acab y la fe perseverante de Elías. También nos invita a examinar nuestro propio corazón antes de recibir la respuesta que esperamos.

En resumen, el contexto nos recuerda que:

- El tiempo de espera llega cuando menos lo imaginamos.
- Dios no actúa apresuradamente ni sin propósito.
- La calidad de vida espiritual pasada influye en cómo viviremos la pausa presente.

Comprender el contexto de este pasaje no es un ejercicio puramente académico, sino una preparación para disponer la mente y el corazón a lo que el Señor tenga preparado para nosotras en las páginas que vienen.

Para Meditar

Reflexiona sobre la Actitud de tu Corazón ante el Silencio de Dios

Entender el contexto nos invita a ir un paso más profundo. No solo se trata de esperar, sino de examinar qué sucede en nuestro interior mientras esperamos.

La espera revela actitudes del corazón que muchas veces pasan desapercibidas cuando todo va bien. Comprender esto nos confronta con una verdad necesaria: la manera en que esperamos dice mucho de nuestra relación con Dios.

1. ¿Qué patrones de desobediencia observas en el liderazgo de Israel antes de la sequía?
2. ¿Qué decisiones de Acab contribuyeron al deterioro espiritual del pueblo?
3. ¿De qué manera la influencia de Jezabel agravó la condición espiritual de Israel?
4. El fuego descendió en el Carmelo, pero la transformación no fue completa. ¿Qué te enseña esto sobre los milagros y el verdadero arrepentimiento?
5. ¿Cómo te ayuda entender el contexto previo a valorar más la espera en 1 Reyes 18.41–45?
6. ¿Qué áreas de tu historia espiritual podrían estar influyendo en tu manera actual de esperar en Dios?

(Escribe en este espacio lo que el Señor te haya mostrado mientras meditabas en esta sección)

[illegible]

El Propósito de la Pausa

Cuando Dios parece guardar silencio

La espera es una experiencia inevitable y común para todos.

A lo largo de la vida, todos atravesaremos tiempos de espera. A veces serán breves; otras, un tanto más largas; y en ocasiones parecerán eternas, extendiéndose incluso durante años.

Tal vez estemos esperando salir de una dificultad económica, recibir sanidad física o interior, encontrar un mejor empleo, obtener una resolución migratoria favorable, o restaurar una relación fracturada. Quedamos en modo ‘espera’ cuando las cosas parecen estancarse, cuando no vemos avances, cuando Dios parece haber quedado en silencio y no entendemos por qué tarda la respuesta.

En nuestro peregrinaje por este mundo, de alguna manera todos hemos experimentado, y seguiremos experimentando, tiempos de angustiosa espera. Me refiero a esos tiempos en los cuales humanamente hablando no hay nada más qué hacer y se llega a un punto en el cual no queda más que sentarse a esperar un milagro.

En el silencio, Dios no espera completa pasividad, tampoco la búsqueda obsesiva de nuestras propias soluciones. Cuando nos encontramos en medio de la pausa divina Él quiere que apliquemos las herramientas de su Palabra para ayudarnos a permanecer firmes en la fe.

Cuando la espera duele

En nuestra vida, la espera suele sentirse injusta. A veces nos preguntamos: ¿Por qué a otros sí y a mí no? ¿Por qué Dios tarda? ¿He hecho algo mal? Muchas veces interpretamos la pausa como rechazo, olvido o indiferencia. Sin embargo, la Biblia nos muestra que la espera también puede ser una oportunidad de encuentro con Dios.

Quiero compartirte una experiencia personal.

Este estudio nació en marzo de 2025, el mes en que mi amada hermana mayor, Aurora, recibió el devastador diagnóstico de cáncer de mama etapa 4. La noticia sacudió a toda la familia como el sismo de la peor magnitud que se puede imaginar. Escuchar aquel diagnóstico fue como recibir de golpe una masiva avalancha o un tsunami. El anuncio vino con todos los pronósticos desoladores y desalentadores que solo una enfermedad como esa puede traer, los cuales provocaron un enorme peso de miedo y dolor.

Desde entonces, hemos estado atravesando por un abrumador, desconcertante e incierto tiempo de espera en medio de la enfermedad.

Los médicos dijeron que era un cáncer muy agresivo. Las células cancerígenas, ya propagadas en el torrente sanguíneo, habían causado metástasis en los ganglios y en la cadera, y notaron indicios también en la tiroides.

Durante todos estos meses hemos orado, esperado, y seguimos adelante, confiando... aunque muchas veces no hemos entendido. Hay días de firmeza en la fe y días de profunda duda. Sin embargo, estamos completamente convencidas de que en medio de todo este proceso, Dios no ha estado ausente. Todo lo contrario. Su presencia se ha manifestado de maneras silenciosas pero reales, proveyendo respuestas en los detalles, fortaleza diaria, paz inesperada, y acompañamiento constante.

La espera no ha quitado el diagnóstico, pero le ha dado sentido a la esperanza que tenemos en Cristo.

Hemos aprendido a vivir un día a la vez, pese a la incertidumbre y a los desesperanzadores pronósticos humanos. Los imposibles terrenales siempre querrán hacernos titubear, tambalear y abandonar nuestra fe. Pero la Palabra del Señor nos enseña que la clave está en hacer todo lo contrario: activarla y ponerla en práctica.

Por medio del profeta Elías, en 1 Reyes 18.41-45, hemos recordado que la única forma de obtener la victoria ante el miedo y la incertidumbre es aferrarnos a la Palabra de Verdad. La enseñanza de este pasaje ha sido clave para batallar día a día con el escudo de la fe (Efesios 6.10-18). Muchas veces los pronósticos humanos intentarán sembrar duda, pero Elías nos recuerda que Dios es quién tiene la última palabra.

Elías fue uno de los grandes profetas de Israel. Un hombre usado poderosamente por el Señor para realizar milagros y señales prodigiosas, un valiente vocero del Dios viviente y un siervo fiel. Sin embargo, Santiago nos recuerda que Elías era tan humano como cualquiera de nosotros. Cuando le tocó enfrentar su propio tiempo de espera, tuvo exactamente las mismas opciones y oportunidades que tenemos tú y yo para afrontarlo, y él eligió confiar.

Su reacción ante la pausa divina nos deja un ejemplo invaluable de cómo fortalecer y madurar nuestro carácter cristiano. La diferencia de Elías no estuvo en los prodigios y milagros que realizó, sino en su actitud ya que, aunque era un líder espiritual elegido por Dios, también era un ser humano común y corriente que eligió esperar su respuesta aferrado con fe al Dios en quién creía, y eso lo cambió todo.

El profeta, siendo un ser humano común y corriente, como tú y como yo, decidió aguardar la respuesta del Señor aferrándose a su Palabra. Eso lo mantuvo firme, perseverante y persistente en medio de la incertidumbre.

A lo largo de este estudio, el ejemplo de Elías nos enseñará a conocer algunas herramientas necesarias para practicar la *Fe en Medio de la Espera*. Descubriremos cómo podemos reaccionar cuando atravesemos estos procesos, sea que lo hayamos vivido, lo estemos experimentando o lo enfrentaremos en el futuro, esta porción de la Palabra nos ofrecerá ejemplos prácticos, útiles y aplicables para ser usados cuando llegue el tiempo de guerrear la batalla de la fe.

Si estás atravesando un tiempo de espera, este estudio es para ti. Dios no desperdicia los tiempos de pausa. En ellos, Él obra más profundamente de lo que solemos percibir.

Al aferrarnos a Él y a su Palabra, sin importar lo que venga o lo que depare el futuro incierto, obtendremos la victoria espiritual que Dios espera de todos sus hijos.

Oro para que el Señor haga florecer esta palabra en nuestros corazones. Como ha sido de bendición para mí, para mi hermana Aurora, y para nuestra familia, confío en que también pueda serlo para ti.

Para Meditar

Contesta las preguntas reflexionando sobre el Propósito de la Pausa Divina

1. Cuando Dios guarda silencio, ¿qué revela tu reacción acerca de lo que realmente crees sobre Su carácter? ¿Confías en que Él sigue siendo bueno y soberano, o comienzas a interpretar la pausa como abandono?
2. En este tiempo de espera que atraviesas, ¿estás intentando “sobrevivir” o estás permitiendo que Dios forme algo nuevo en ti? ¿Qué área de tu carácter podría estar siendo moldeada en esta pausa?
3. ¿En qué momento has permitido que los “pronósticos humanos” tengan más peso que la Palabra de Dios en tu corazón? ¿Qué verdad bíblica necesitas aferrarte hoy como escudo frente al miedo?
4. Si la espera no cambiara tus circunstancias de inmediato, pero sí transformara tu fe, ¿valdría la pena el proceso? ¿Qué está haciendo Dios en tu interior que no habrías aprendido de otra manera?
5. ¿Qué decisión concreta puedes tomar hoy para responder como Elías y no con temor? ¿Cómo vas a practicar una fe activa mientras la lluvia aún no es visible?

Notas y Observaciones

(Escribe en este espacio lo que el Señor te haya mostrado mientras meditabas en esta sección)

[illegible]

Acab y la Rebeldía Disfrazada

La rebeldía que se esconde tras el silencio.

*“Entonces **Elías** dijo a Acab: —**Anda** a tu casa, y come y bebe, porque ya se oye el ruido de un torrencioso aguacero. **Acab se fue** a comer y beber” (18.41-42)*

*“**Elías ordenó**: —**Ve** y dile a Acab: “Engancha el carro y **vete** antes de que la lluvia te detenga”. ...**Y Acab se fue** en su carro hacia Jezrel.” (18.44b, 45b)*

Varios textos antes de los que tenemos en este inciso, específicamente en 1 Reyes 18.10 dice que durante mucho tiempo Acab había estado buscando a Elías. El texto narra que lo rastreó por todos lados. No hubo reino ni nación donde no lo mandara buscar.

Cuando por fin Elías se presentó frente a él, Acab lo recibió con una pregunta: —*¿Eres tú el que le está creando problemas a Israel?* (18.16–17). Aquella interrogante era una acusación desafiante y carente de sentido, pues el único responsable del mal que aquejaba a la nación era él mismo.

En su insensatez, con aquella pregunta, Acab mostró prepotencia y altanería mediante una reacción irrespetuosa y confrontativa hacia el profeta de Dios.

Después de ese encuentro el rey presenció el milagro en el Carmelo (18.7–40). Pasado el milagro, en los versos 42 y 45, encontramos a un Acab completamente distinto.

En estos versos, cuando Elías le dice ‘anda’ y ‘vete’, Acab simplemente ‘se fue’. En ese momento el rey ya no discute, no acusa ni confronta al profeta. No pregunta, no reclama, no argumenta, ni se opone. Simplemente guarda silencio y se va, aparentando sumisión y obediencia. Sin altercar, sin oponerse, sin acusar.

Parecía como si los portentos que acababa de presenciar habían producido un cambio interior en él, haciéndolo reaccionar sobriamente frente a las palabras del profeta. Incluso, se podría creer que fue uno de los que se postró y proclamó: *«¡El Señor es Dios! ¡El Señor es Dios!»* (18.39).

Sin embargo, al llegar a 1 Reyes 19.1 descubrimos que aquel silencio no evidenció una transformación interior genuina. Después de presenciar el poder de Dios manifestado en el Carmelo, Acab mostró externamente una actitud distinta, pero el relato posterior confirma que continuó resistiéndose al Señor.

Su silencio y aparente sumisión podían parecer obediencia; pero lo que sucede inmediatamente después deja al descubierto una realidad muy distinta dentro de su corazón. El falso sometimiento era en realidad el reflejo de rebeldía y rechazo a la Palabra de Dios. El rey estaba aferrado a su incredulidad irracional.

Esto nos lleva a pensar en los fariseos y estudiosos de la ley, quienes a pesar de haber tenido al Mesías entre ellos, de haberlo visto, oído y presenciado sus portentos, decidieron persistir en su escepticismo. Ciegos, tercos y endurecidos de corazón, decidieron rechazar al Mesías y sus enseñanzas, porque preferían persistir en su vida pecaminosa a la cual estaban acostumbrados. Su endurecimiento los llevó al punto de premeditar la muerte de Jesús. Es lo mismo que le sucedió a Judas Iscariote.

Rebeldía disfrazada de obediencia

El relato continúa en 1 Reyes 19.1–2 mostrando a Acab junto a su esposa Jezabel, a quien contó todo lo que Elías había hecho con los profetas de Baal.

La verdadera condición interna de Acab se evidenció al llegar a su casa ya que entrando, fue directamente con su esposa Jezabel a informarle de todo lo sucedido (19.1–2).

Acab conocía el carácter de Jezabel y su abierto odio contra los profetas del Señor. El texto no declara qué esperaba provocar; sin embargo, tampoco presenta en él señales de arrepentimiento o de una transformación interior. Acab sabía que Jezabel había mandado matar a todos los profetas de Dios (18.4, 13).

Eso confirmó que su silencio anterior no estuvo acompañado de un arrepentimiento evidente. La aparente obediencia exterior contrasta con la resistencia a Dios que el relato continúa mostrando en su vida.

Tan pronto como Jezabel escuchó el informe de su esposo, ordenó que se le diera muerte al profeta Elías (19.2). De manera que, para nadie era un secreto que ella odiaba a los mensajeros del Señor, al punto de querer aniquilarlos.

Todo esto permite ver que la aparente obediencia de Acab no provenía de una transformación genuina. El relato deja al descubierto una resistencia persistente a la Palabra que el Señor le había comunicado por medio del profeta Elías.

Acab prefirió callar y aparentar obediencia, no porque le importara el mensaje que Dios había transmitido por medio de su siervo, ni porque lo creyera, ni porque estuviera meditando en las obras maravillosas que el Señor acababa de realizar a través de Elías, ni porque esperara la promesa

de la lluvia. Nada de eso. La hipocresía de Acab en 1 Reyes 18.41–45 revela la dureza persistente de su interior.

Acab tuvo la oportunidad de reaccionar diferente. Tuvo la opción de volcar su corazón a Dios y mostrar arrepentimiento. Se enfrentó a la elección de actuar con fe esperando con ansias la lluvia tan necesitada para todo el pueblo, o seguir arraigado a su incredulidad y dureza. Tuvo la alternativa de creer en la palabra profética, esperar la lluvia con fe y permitir que Dios transformara su corazón. Pero eligió mantenerse firme en su orgullo.

El rey había tenido frente a sus propios ojos evidencias extraordinarias del poder del Señor. Pero su corazón estaba muy lejos de los mandamientos de su Creador. En lugar de humillarse y reconocer al único Dios verdadero, el relato lo muestra permaneciendo en su resistencia y volviendo junto a Jezabel para contarle lo sucedido.

Su rebeldía generó una resistencia extrema a la profecía de Elías, llevándolo a desatender la promesa de la lluvia y a perseverar en sus propios planes.

Acab se había acostumbrado a la vida de idolatría que ambos habían escogido, oponiéndose abiertamente a las enseñanzas y estatutos del Señor. Por eso, nuevamente, su silencio y aparente obediencia solo fueron la máscara cubriendo un corazón empedernido, rebelde y ciego.

El relato de 1 Reyes 18.41–45 nos confronta con una verdad altamente incómoda: es posible aparentar obediencia externamente mientras el corazón sigue resistiendo a Dios. Sin embargo, el texto también nos enseña que Dios no puede ser engañado, pues Él examina las motivaciones profundas del corazón humano.

Este pasaje nos advierte que:

- La obediencia fingida siempre termina por ser expuesta.
- El sumisión aparente no siempre es señal de rendición.
- La rebeldía no siempre se opone; a veces se disfraza de sumisión.

Acab se convierte en un claro ejemplo de hasta dónde puede llegar la dureza de un corazón resistente y desobediente a la Palabra del Señor. Su reacción y su actitud reflejan el tipo de decisiones, y conducta, de una vida alejada de Dios y dominada por deseos carnales y pecaminosos.

El monarca se había acostumbrado a vivir apartado de las leyes y estatutos que el Señor había establecido para que el pueblo se mantuviese cerca de Él. El pecado y la idolatría habían cauterizado su alma al punto de volverse sordo a la voz de Dios e insensible a las evidentes manifestaciones de su gran poder, incluso cuando ocurrieron frente a sus propios ojos.

El corazón cauterizado de aquel rey no solo le impidió reconocer que el Señor es el verdadero Dios, sino que también lo llevó a rechazar el mensaje recibido por medio de su profeta.

Aferrado a su terquedad, prefirió seguir sus deseos personales antes que rendirse al Dios Todopoderoso. Rechazó deliberadamente a Jehová y corrió a refugiarse en las macabras soluciones de su esposa. Fue incapaz de admitir que solo Dios podía realizar los maravillosos milagros que había presenciado.

En su ceguera, Acab también olvidó los favores que el Señor había hecho a Israel en tiempos pasados. Tenía el corazón seco, árido y endurecido. Aunque conocía a Dios, había decidido cerrar su entendimiento y empecinarse en su rebelión. Estando sumergido en ese estado espiritual, intentó disfrazar las verdaderas intenciones de su corazón con una repugnante máscara de falsa obediencia, olvidando la omnisciencia, el poder y la omnipresencia del único Dios Santo. Su incredulidad, el apego a su vida pagana y el rechazo a la voz de Dios, le hicieron creer que podría salirse con la suya sin tener que rendir cuentas delante del Creador.

Para Meditar

La espera no es un paréntesis sin sentido, sino un espacio donde Dios sigue obrando, aun cuando no vemos cambios inmediatos.

Hemos aprendido que la espera duele, incomoda y confronta nuestras expectativas. Hemos sido confrontados con lo que la espera saca a la luz de nuestro corazón: temores, resistencias y actitudes que necesitan ser tratadas por Dios. Esta parte del estudio nos llevó a mirar más allá de nosotros mismos y a dirigir la mirada hacia Dios. Si nuestro corazón es expuesto durante la espera, es porque estamos delante de un Dios que no solo está obrando mientras esperamos, sino que también nos ve, conoce y entiende todo lo que estamos atravesando y lo que se ha gestado en nuestro ser interior.

Dios no es ajeno a nuestro proceso. Nada de lo que vivimos, sentimos o pensamos le es indiferente ni desconocido. La espera no es sinónimo de rechazo u olvido para Él, es un método educativo y una de sus maneras de amarnos.

Completa los ejercicios meditando en las características de Acab y su rebeldía disfrazada de obediencia.

1. Acab es un ejemplo negativo. ¿Cuáles de sus actitudes y decisiones no deberíamos imitar jamás?
2. Lee 1 Reyes 18.7–40 (como contexto inmediato) y responde:
 - a. ¿Qué características del carácter de Dios observas?
 - b. ¿Cuál es la diferencia principal entre la actitud de Elías y la de Acab?
3. ¿Te has identificado en algún momento con Acab? Piensa en qué situación.
4. ¿Reconoces señales de sequedad espiritual en ti o en alguien cercano?
5. ¿Cómo reaccionas cuando te ves confrontado con un pecado? ¿Con humildad, silencio defensivo, justificación o resistencia?
6. ¿Qué acción concreta podrías tomar hoy para abandonar la “obediencia aparente” y caminar en fe genuina?

(Usa este espacio para escribir lo que el Señor te haya mostrado sobre tu corazón en esta sección)

[illegible]

Nada hay oculto para Dios

La Omnisciencia de Dios

La Escritura enseña claramente que Dios no solo observa nuestras acciones externas, sino que conoce las intenciones más profundas del corazón. El salmista David rogó: *“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce los pensamientos que me inquietan.”*, *“Examíname, Señor, y ¡ponme a prueba! Purifica mi corazón y mi mente.”* (Salmos 139.23 y 26.2).

Dios es el único capaz de mirar la profundidad del alma y descifrar lo que revela el escaneo de nuestro ser interior.

En el Nuevo Testamento también vemos repetidas veces cómo Jesús discierne los pensamientos, las intenciones y las motivaciones ocultas del ser humano. Por tanto, nunca debemos cometer el error de Acab ni olvidar que nuestro Señor es omnisciente y que lo sabe todo, sin excepción.

El apóstol Pablo enseña, al hablar de la intercesión del Espíritu, que *“Dios, que examina los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios”* (Romanos 8.27).

El mismo Jesús, durante su ministerio terrenal, confrontó a los fariseos cuando se justificaban por su excesivo amor al dinero diciéndoles: *“Ustedes se justifican ante la gente, pero Dios conoce sus corazones”* (Lucas 16.15).

Para nuestro Dios no hay nada oculto. Su palabra lo dice claramente: *“No hay nada encubierto que no llegue a revelarse ni nada escondido que no llegue a conocerse.”* (Lucas 12:2). Nada escapa a Su mirada. Ninguna acción, buena o mala, escapa a Su conocimiento. No hay pensamientos secretos, luchas internas ni actitudes escondidas que Él no conozca. Tristemente Acab olvidó la omnisciencia de Dios.

Los Evangelios también contienen numerosos momentos en los cuales se menciona que el Señor conocía los corazones y los pensamientos de las personas. Frases como: *“Jesús conocía sus pensamientos”* (Mt. 9.4; 12.25), *“...supo... lo que estaban pensando”* (Mr. 2.8; Lc. 5.22; 6.8; 11.17), *“Conociendo sus malas intenciones”* (Mt. 22.18), *“sabiendo que fingían”* (Mr. 12.15), *“conocía el interior del ser humano”* (Jn. 2.25), *“sabía bien lo que pensaban”* (Lc. 9.47), y *“conocía... quiénes eran los que no creían y quién era el que iba a traicionarlo”* (Jn. 6.64), muestran la omnisciencia de nuestro gran Dios.

Él conoce todas las cosas reales y posibles, internas y externas. No existe ninguna obra del mal, ninguna mala intención, ni ninguna acción pecaminosa que le sea desconocida, y todos tendremos que rendirle cuentas por nuestra conducta terrenal.

Romanos 14.12 dice: *“Así que cada uno de nosotros tendrá que dar cuentas de sí a Dios”*. Y 2 Corintios 5.10 enseña que *“es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba lo que le corresponda, según lo bueno o malo que haya hecho mientras vivió en el cuerpo”*.

Por eso es sumamente necesario que vivamos conscientes de las intenciones con las que actuamos y reaccionamos. Tarde o temprano, nuestras obras quedarán expuestas ante la justicia divina. Tristemente, Acab no tomó en cuenta esta verdad. Entenderlo no debe llevarnos únicamente a vivir en el temor, sino que debe interpretarse como una advertencia necesaria para la vida cristiana, conscientes de que Dios conoce el corazón humano y que tarde o temprano seremos llamados a rendirle cuentas.

La rebeldía que no siempre se ve

La rebeldía no siempre se manifiesta de forma abierta. No siempre grita, confronta ni se rebela externamente.

A veces se oculta tras una apariencia correcta y conveniente, convive con prácticas religiosas o se disfraza de silencio o indiferencia. Pero aunque otros no la perciban, Dios sí la ve.

Cada vez que nos resistimos a obedecer lo que Dios ha establecido, insistimos en seguir nuestros propios planes aun cuando sabemos que van en contra de Su voluntad, permitimos que el resentimiento y los malos deseos se aniden en nuestro corazón, o practicamos una obediencia aparente —diciendo “sí” con los labios mientras el corazón grita “no”— estamos caminando por una senda semejante a la de Acab.

Lo mismo ocurre cuando actuamos con intención de dañar a otros, cuando en medio de la espera nos negamos a permanecer quietos y confiar, o cuando buscamos nuestras propias soluciones en situaciones donde claramente hemos perdido el control.

Al hacer un examen profundo del corazón, probablemente muchos podremos reconocer que, en algún momento de nuestra vida, hemos reflejado actitudes semejantes a las de Acab.

Con su ejemplo hemos visto que el pecado embota y adormece los sentidos espirituales.

La rebeldía puede brotar de un corazón orgulloso y manifestarse a través de actitudes prepotentes, de la búsqueda constante de culpables y del rechazo a la confesión y a la confrontación personal.

Aun cuando el mal proceder queda expuesto, una persona endurecida puede intentar aparentar inocencia, justificarse y asumirse como víctima, con descaro y falta de arrepentimiento genuino.

Quien se encuentra en ese estado interior puede terminar oponiéndose a lo bueno que el Señor desea mostrarle. En los tiempos de espera, puede abandonar sus convicciones y perder la fe, quedarse sin esperanza y dirigir su atención únicamente a los deseos de un corazón corrompido, incrédulo e infiel.

El peligro que corre la vida espiritual es profundo. El deseo pecaminoso y carnal puede seducirnos constantemente, hasta llevarnos a encubrir, bajo una obediencia aparente, los planes de un corazón lleno de resistencia a la voz de Dios. Y cuando llegue el día de rendir cuentas ante el Señor, sus obras quedarán expuestas delante del tribunal de Cristo.

Acab ilustra esta realidad humana de manera concreta y visual.

Externamente, su reacción en 1 Reyes 18.41–45 no mostró señales evidentes de rebeldía. Sin embargo, lo que sucede después demuestra que su corazón no había sido transformado y su historia revela una resistencia persistente a Dios. El relato no nos permite saber exactamente qué pensaba Acab ni cuáles eran todas sus intenciones. Pero sí deja claro que nada de lo que había en su corazón estaba oculto para Dios.

Este ejemplo nos recuerda que podemos engañar a otros e incluso podemos engañarnos a nosotros mismos, pero no podemos engañar a Dios. Recordemos que la omnisciencia de Dios alcanza incluso aquello que no somos capaces de nombrar en voz alta, y Su misericordia nos ofrece la oportunidad de confesar, arrepentirnos y dar un giro de ciento ochenta grados.

El ejemplo de Acab funciona aquí como una advertencia, pues ignorar lo que Dios ya conoce solo prolongará la lucha interior, pero reconocerlo con arrepentimiento abrirá el camino a la restauración.

La omnisciencia de Dios nos confronta con una pregunta inevitable: ¿Qué hay en mi corazón que Dios ya conoce, pero que yo aún no he querido reconocer? No necesitamos escondernos delante de Dios. Él ya lo sabe todo y, aun así, nos invita a confesar.

Para Meditar

Hemos recordado la verdad de que Dios conoce la profundidad de nuestro corazón. Vimos que Su conocimiento no es superficial ni distante, sino íntimo y completo.

Esta sección nos invita a confrontar la siguiente realidad: qué hacemos con lo que Dios ya conoce de nosotros.

A través del ejemplo de Acab somos llamadas a reflexionar sobre aquellas áreas del corazón que intentan resistirse, esconderse o justificarse delante de Dios. Recordemos que saber que Dios conoce nuestro corazón no debe llevarnos a rechazarlo, sino a reconocer que necesitamos de Él.

Reflexiona sobre la omnisciencia de Dios.

1. ¿Qué te enseña el Nuevo Testamento acerca de lo que Dios conoce del ser humano?
2. ¿Crees que es posible ocultar algo de Dios? ¿Por qué?
3. ¿Hay actitudes, pensamientos o resistencias internas que otros no ven en ti, pero que Dios sí conoce?
4. ¿Cómo te hace sentir el saber que Dios conoce tu corazón por completo?
5. ¿Qué necesitas rendir hoy delante de un Dios que ya lo sabe todo y aun así te ama?
6. ¿Hay en ti alguna resistencia cuando la Palabra te señala algo que necesita ser transformado?
7. ¿Te cuesta reconocer tus errores?
8. ¿Buscas voces que confirmen lo que quieres oír en lugar de aquello que necesitas escuchar?

(Usa este espacio para escribir lo que el Señor te haya mostrado sobre tu corazón en esta sección)

[illegible]

Elías y la Fe en lo Invisible

Una fe inquebrantable

Elías demostró tener una Fe Inquebrantable. Declaró con certeza que vendría una gran lluvia. Creyó en la Palabra del Señor sin dudar un solo instante. Lo demostró en la certeza que tuvo de que la lluvia llegaría, a pesar de las pocas probabilidades.

Los vv.42 al 44 nos muestran tres maneras en las que el profeta puso su fe en acción mientras esperaba que la Palabra del Señor se cumpliera:

1. ELÍAS AFIRMÓ QUE ESCUCHABA LO QUE AÚN NO ESTABA ESCUCHANDO (v.41)

“Entonces Elías dijo a Acab: —Anda a tu casa, y come y bebe, porque ya se oye el ruido de un torrentoso aguacero.”

Era imposible que se estuviera escuchando audiblemente el ruido de un torrentoso aguacero, pues aún en ese momento no había ni una sola señal de lluvia en el cielo, todo el país seguía en sequía.

Pero Elías habló con fe. Sus palabras estaban asegurando un evento que vendría en el futuro como si ya hubiera llegado.

Aun sin haberlo visto, el profeta afirmó el hecho, pero no como una adivinación inventada por él mismo, ni como una predicción imaginaria, ni como un presagio o una premonición, tampoco como un auspicio basado en la interpretación de señales como el canto de las aves o su vuelo. La afirmación del profeta era certera basada únicamente en el mensaje que Dios le había dado.

Era una declaración firme y segura de la Palabra fiel y veraz de Dios. Así que, creyendo que sería tal como el Señor se lo había dicho, lo proclamó. Elías nos recuerda lo que: *“... la fe es tener confianza en lo que esperamos, es tener certeza de lo que no vemos.”* (Hebreos 11.1).

El profeta estaba convencido de que la lluvia llegaría, y aunque en ese momento no había ningún indicio de precipitación o chubasco, Elías habló con convicción, creyendo que pasaría lo que el Señor ya había prometido, y con esa fe lo esperó.

Sin embargo, después de esa palabra, el cielo permaneció despejado. No había nubes. No había lluvia. No había señales visibles de que fuera a llover. Aun así, Elías no retrocedió ni dudó de lo que Dios le había dicho.

2. ELÍAS BUSCÓ AL SEÑOR EN ORACIÓN (v.42)

*“Acab se fue a comer y beber, pero **Elías subió a la cumbre del Carmelo**, se inclinó hasta el suelo y puso el rostro entre las rodillas.”*

Mientras Elías esperaba la lluvia, se fue a orar, y de su oración aprendemos tres normas importantes:

i. Buscó un lugar apartado (la cumbre del Carmelo)

Elías oró al Señor desde un lugar muy alto. El texto no explica por qué eligió ese lugar, pero los estudiosos comentan que era un punto estratégico y con una vista panorámica.

Quizá el profeta quería tener una perspectiva extensa del cielo. Quizá quería asegurarse de poder ver rápidamente, con toda claridad y rapidez cuando apareciera el mínimo indicio de lluvia. Tal vez buscó un lugar solitario, donde podría orar lejos del ruido y de todo el bullicio que pudo haber quedado en el pueblo después de los milagros.

Puede que haya escogido un lugar apartado para no distraerse y poner toda su concentración en la oración. No lo sabemos con certeza porque el texto no lo dice, pero lo que sí sabemos es que el profeta escogió la cumbre del Carmelo para subir a orar.

No se sabe por qué Elías escogió la cumbre ni se describe las condiciones físicas del ascenso. Lo que sí tenemos son datos históricos que nos sirven para darnos una idea del área. También sabemos que el profeta subió y buscó al Señor en una actitud de dependencia, no buscando su confort y beneficio personal, sino la presencia de Dios. (Ver Anexo A: p. 62).

ii. Se inclinó hasta el suelo

Este detalle no es accidental. La Escritura se detiene en describir la postura de Elías porque revela la actitud de su corazón. En la espera Elías no oró de pie frente a la multitud. No oró con prisa. No oró con la imponentia anterior. El profeta se inclinó profundamente delante de Dios, lo cual significa que se postró, indicando una señal de rendimiento, dependencia y sumisión al Señor. Elías buscó a Dios en oración con una postura de completa humildad y dependencia.

Después de declarar la lluvia con fe, la postura de Elías nos recuerda que: el cumplimiento no dependía de él, la respuesta llegaría únicamente de Dios y que la fe necesita expresarse con certeza en oración sincera.

Su postura corporal reflejaba la postura interior de un corazón rendido y un espíritu expectante, en dependencia total. (Ver Anexo B: pg.63)

iii. Puso el rostro entre las rodillas

Su postura corporal no solo reflejó sumisión y entrega total, sino también una total entrega y súplica ardiente. No solo se inclinó, sino que además se postró en una posición de clamor ferviente y de gran ruego.

El profeta confiaba tanto en la Palabra que el Señor le había dado, que en el momento de la espera la única opción que eligió para mantenerse firme mientras aguardaba el cumplimiento, fue orar.

Él estaba convencido de que el Señor podía responder a su oración. Así que oró con esa convicción. Postrado clamó ferviente y vehementemente, hasta que obtuvo la respuesta.

Para Meditar

Hemos visto cómo la fe de Elías se expresó buscando al Señor en oración y adoptando una postura de profunda humildad y dependencia. El profeta se inclinó delante de Dios reconociendo que la respuesta no dependía de su palabra ni de su autoridad, sino únicamente del Señor.

Esta parte del estudio nos invita a retener tres verdades fundamentales para nuestra vida espiritual:

Verdad 1: Humildad delante de Dios

La postura de Elías muestra que la arrogancia es contraria a la fe. El que realmente cree, se inclina delante del Señor reconociendo su necesidad.

Verdad 2: Dependencia absoluta

Elías había declarado la promesa, pero ahora se presenta ante Dios sabiendo que solo Él podía hacerla realidad. Reconocer nuestra dependencia en el Poder de Dios es evidencia de una fe profunda.

Verdad 3: Intimidad y enfoque

Elías se aparta, sube al monte y se inclina a orar. En medio de la espera, la fe también se demuestra apartándose para buscar a Dios sin distracciones. Pero además, la postura revela mucho de lo que hay en nuestro corazón. (Ver Anexo C: pg.64)

La fe de Elías, dependiente y rendida, se expresa en acciones concretas. Después de afirmar abiertamente la promesa de Dios, Elías hizo algo fundamental: Buscó al Señor en oración.

Contesta meditando en la Fe Inquebrantable

1. Lee el siguiente párrafo, luego reflexiona en la fe de Elías.

Elías afirmó con certeza un hecho futuro. Lo declaró con convicción, como si ya estuviera sucediendo. Al profeta no le importó la opinión de los demás, tampoco se preocupó por los perjuicios personales que ese acto le acarrearía, ni se paralizó por miedo al ridículo. Tampoco lo inquietó ser tildado de loco. Elías no calló aunque su vida estaba corriendo peligro de muerte. Sin temor, aquel hombre de Dios pregonó públicamente la fe que tenía en la Palabra del Señor. Aseguró un imposible. Afirmó lo que no veía porque creía en el Poder del Señor, y con esa seguridad lo compartió.

2. ¿Qué te llama más la atención de la fe de Elías en este pasaje?
3. ¿Cómo sueles reaccionar tú cuando oras y no ves indicios de respuesta? ¿Qué sentimientos han surgido en ti durante un tiempo de espera prolongada?
4. ¿Cómo puedes fortalecer tu fe mientras esperas la respuesta de Dios?
5. ¿Cuál de los tres aspectos aprendidos (humildad, dependencia, intimidad) necesitas fortalecer hoy?
6. ¿Qué enseñanza retienes de ‘subir al monte’?
7. ¿Cómo suele ser tu postura —externa e interna— cuando buscas a Dios en oración?
8. ¿Qué cambios prácticos podrías hacer para buscar a Dios con mayor entrega y enfoque?

(Usa este espacio para escribir lo que el Señor te haya mostrado sobre tu corazón en esta sección)

[illegible]

La fe que persevera cuando no hay respuesta

En el punto anterior, vimos dos de las tres maneras en las que el profeta Elías puso su fe en acción. A continuación veremos la tercera:

3. ELÍAS PERSEVERÓ EN LA ORACIÓN (vv. 43–44)

*“ —Ve y mira hacia el mar. El criado fue, miró y dijo: —No se ve nada. **Siete veces** le ordenó Elías que fuera a ver, y **la séptima vez** el criado le informó: —Desde el mar viene subiendo una nube. Es tan pequeña como una mano.”*

Este momento es crucial. Elías ya declaró la lluvia. Ya buscó a Dios en oración. Ahora enfrenta el silencio. No hay nubes. No hay señales. No hay confirmación inmediata.

El relato presenta a Elías postrado delante de Dios mientras envía repetidamente a su criado a mirar hacia el mar. Santiago 5.18 confirma que Elías oró por la lluvia. Mientras la señal tardaba en aparecer, el profeta permaneció expectante y envió a su criado siete veces; las primeras seis regresó sin noticias de lluvia.

No sabemos cuánto tiempo transcurrió, pero sí sabemos que el criado fue siete veces a observar hacia el mar antes de percibir la pequeña nube. La Palabra dice que era tan pequeña como una mano. Para Elías, aquella señal fue suficiente para actuar con la certeza de que la lluvia prometida estaba por llegar.

Esta tercera acción de fe en Elías nos enseña que debemos perseverar, aun cuando no hay respuesta visible. Elías no interpretó el “no hay nada” como un fracaso. No cambió su postura. No abandonó la oración. No dudó de la promesa. Insistió. Permaneció. Esperó.

La fe que persevera mientras no hay respuesta visible no se desanima ante la primera ausencia de señales. En 1 Reyes 18.41–45, Elías permaneció expectante mientras su criado iba repetidamente a mirar hacia el mar. Su reacción muestra una confianza que no dependía de resultados inmediatos, sino de la palabra que Dios había dado.

La pequeña nube, que para otros podría haber parecido insignificante, fue para Elías una señal suficiente para actuar con confianza, porque creía en la Palabra que el Señor le había dado. El profeta sabía que Dios era capaz de cumplir plenamente aquello que había prometido.

La ausencia inicial de una señal visible no significó que Dios estuviera ausente ni que hubiera olvidado Su Palabra. Cada vez que el criado regresó sin noticias, Elías continuó esperando. Su perseverancia demuestra que su esperanza no dependía de resultados inmediatos, sino de la certeza de que Dios cumpliría Su Palabra.

El ejemplo de Jesús

Ante la espera y la angustia, orar debe ser nuestra primera opción. Cuando el Señor Jesús estaba a punto de ser arrestado, “... fue ... con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní y dijo: «*Siéntense aquí mientras voy más allá a orar*»”. El Maestro, siendo el Hijo de Dios, buscó a Su Padre en medio de una profunda angustia y se entregó a la oración.

Y esta no era la primera vez que el Mesías se apartaba para dedicarse a orar. De hecho, Lucas señala que “*Él, por su parte, solía retirarse a lugares solitarios para orar*” (Lucas 5.16). También lo hizo antes de tomar decisiones importantes, como la noche antes de elegir a los doce apóstoles, cuando se retiró a una montaña para orar (Lc.6.12–13), o antes de resucitar a Lázaro cuando, “... *alzando la vista, dijo: —Padre, te doy gracias porque me has escuchado*” (Jn.11.41).

En repetidas ocasiones, a lo largo de los evangelios, encontramos frases como: “ *Un día Jesús estaba orando a solas*” (Lc.9.18), “... *Jesús, ... subió a una montaña a orar.*” (Lc.9.28), “... *estaba Jesús orando en cierto lugar.*” (Lc.11.1).

Eso demuestra que el Señor buscaba activamente a su Padre en oración. Jesús no desaprovechaba las oportunidades para hablar con Dios. Su modelo de vida demostró que en toda circunstancia, y en todo momento, que su primera opción era orar. Y ese fue el ejemplo que transmitió a sus discípulos. Les dijo: “*Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá.*” (Mt.7.7), “*Si ustedes creen, recibirán todo lo que pidan en oración.*” (Mt.21.22), “*Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré... Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré.*” (Jn.14.13-14). Posteriormente los apóstoles se encargaron de transmitir esta misma doctrina a los creyentes en Cristo.

Las enseñanzas del Nuevo Testamento, transmitidas por estos hombres de Dios, ponen un énfasis constante en la importancia de la oración en la vida del creyente, pero también en la disposición del corazón para dedicarse.

El apóstol Pablo exhorta: “*Oren sin cesar*” (1 Tesalonicenses 5.17), y refuerza esta misma idea al decir: “*Dedíquense a la oración; perseveren en ella con agradecimiento.*” (Colosenses 4.2). Estas palabras nos invitan a comprender la oración como un estilo de vida, una comunión continua con Dios, en todo tiempo y en todo lugar; y no como un acto aislado o limitado a momentos específicos.

Sabemos que la oración no es una varita mágica para utilizar cuando queremos salir de un apuro ni para obtener todo lo que deseamos, ni una fórmula para forzar la voluntad de Dios. Tampoco es una lámpara maravillosa que concede todos los caprichos.

Sin embargo, la Palabra nos asegura una verdad profundamente consoladora: “*Esta es la confianza que tenemos al acercarnos a Dios: que, si pedimos conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que Dios oye todas nuestras oraciones, podemos estar seguros de que ya tenemos lo que le hemos pedido*” (1 Juan 5.14–15). Con esa confianza, tal como lo hizo Elías, somos llamados a acercarnos a la presencia del Señor en todo momento, incluso —y especialmente— en los tiempos de espera más largos, silenciosos y angustiantes que nos toque experimentar.

En 1 Reyes 18.41–45, Elías permaneció expectante hasta que apareció la señal de lluvia. Santiago 5.18 confirma que oró nuevamente y el cielo dio lluvia. La perseverancia que vemos en el profeta también encuentra eco en la vida de Jesús, a quien los Evangelios muestran buscando al Padre una y otra vez, incluso en momentos de profunda angustia. Este ejemplo confirma una verdad importante: la oración persistente no es falta de fe, sino expresión de una fe que continúa confiando.

Todos enfrentamos momentos en los que oramos y no vemos respuesta inmediata. La fe es probada precisamente ahí. La perseverancia ante el silencio nos confronta a la siguiente pregunta: ¿Seguiremos orando cuando no vemos señales? ¿Seguiremos creyendo cuando Dios parece no escuchar? Lo cierto es que la fe que persevera no se rinde en el silencio; sigue esperando con tenacidad.

Para Meditar

Hemos aprendido que la oración sincera no siempre recibe una respuesta inmediata. Elías se postró delante de Dios y, durante un tiempo, no hubo señales visibles de lluvia. Su fe fue llevada a un punto exigente: perseverar mientras todavía no veía la respuesta.

Aprendimos que la espera no es señal de abandono, y que Dios obra aun cuando no vemos avances inmediatos. Hay procesos de espera más largos, más silenciosos y más desgastantes, pero en todos seguimos estando cuidados por Dios.

*Responde las preguntas meditando en la Oración que
Persiste aun cuando la Respuesta tarda*

1. ¿Qué nos enseña la perseverancia de Elías acerca de la fe verdadera?
2. ¿Cómo reaccionó Elías cuando no hubo respuesta inmediata a su oración?
3. ¿Cómo sueles reaccionar tú cuando oras y no ves resultados?
4. ¿Qué significa para ti perseverar ante el silencio de Dios?
5. Lee Hebreos 11.1 y contesta las siguientes preguntas:
 - a. ¿Qué es la fe?
 - b. ¿Cómo aplicas la fe en tu vida?
6. ¿En qué área de tu vida necesitas seguir confiando, aun cuando la respuesta tarda?
7. ¿Cómo puedes fortalecer tu vida de oración durante la espera?

Versículos para fortalecer la fe:

Isaías 41.13; Nahúm 1.7; Salmos 34.15, 17; 28.7–8; Jeremías 9.24; 10.10; 17.7–8; 29.11; y Miqueas 7.18.

(Usa este espacio para escribir lo que el Señor te haya mostrado sobre tu corazón en esta sección)

[illegible]

El Señor siempre Responde

Elías permaneció firme hasta ver cumplida la promesa. Su fe perseverante rindió fruto. Pero la respuesta no fue inmediata.

El Formato de la Respuesta

1. UNA RESPUESTA PROGRESIVA

Aunque sabemos que Dios escucha el clamor de Sus hijos, 1 Reyes 18.41–45 —leído junto con Santiago 5.18— muestra que la respuesta a la oración de Elías no apareció de inmediato. El Señor cumplió Su Palabra, y el relato permite observar dos características del desenlace:

En primer lugar, vemos que la respuesta fue: Progresiva (v.44 y 45a)

*“y la séptima vez el criado le informó: —Desde el mar viene subiendo una nube. Es tan pequeña como una mano.” “Las nubes fueron oscureciendo el cielo”
“luego se levantó el viento”*

La señal comenzó de manera pequeña: una nube del tamaño de una mano. Después, el cielo se oscureció con nubes, se levantó el viento y finalmente cayó una fuerte lluvia. El relato muestra una respuesta que pasó de una señal mínima al cumplimiento visible de la promesa. La pequeña señal dio paso al segundo formato de la respuesta: abundante y copiosa.

2. UNA RESPUESTA ABUNDANTE

En segundo lugar, vemos que la respuesta de Dios fue: Abundante (v.45c)

“y se desató una fuerte lluvia.”

Después del largo proceso de espera, por fin cayó la lluvia como el torrencial que Elías había afirmado en los vv.41 y 44. No fueron unas cuantas gotitas o una lluvia pasajera. La Biblia dice que se desató una fuerte lluvia. Otras versiones lo traducen como ‘un gran aguacero’ o ‘una terrible tormenta’.

Lo que comenzó con una nube pequeña terminó en un fuerte chubasco. Dios no solo cumplió su promesa. La cumplió en abundancia. La respuesta fue visible, innegable y cuantiosa.

Este pasaje nos deja una verdad profunda: Dios siempre responde al clamor de sus hijos, y el mismo Dios que responde de forma progresiva también sabe responder de forma plena y generosa.

A veces la respuesta es inmediata y otras veces llega de manera gradual. En el caso de Elías, la ausencia inicial de señales no fue el final de la historia; la pequeña nube precedió al cumplimiento visible de la promesa.

La oración contestada

La Biblia confirma la verdad de que Dios escucha y responde a la oración de Su pueblo. En los evangelios, Jesús enseñó diciendo: *“Así que yo digo: Pidán y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra y al que llama, se le abre.”* (Lc.11.9-10).

Jesús enseñó a pedir, buscar y llamar con confianza. Esto no convierte la oración en una garantía de obtener cualquier deseo, sino en una invitación a acercarnos a Dios confiando en Su bondad y en Su respuesta.

El libro de los Hechos también presenta a Pedro, Pablo, y una iglesia local, quienes experimentaron en carne propia la respuesta del Señor a sus oraciones. Dios también responde cuando el clamor es individual, íntimo y silencioso, como en el caso de Pedro con Tabita.

El texto dice que para resucitarla, Pedro *“hizo que todos salieran del cuarto; luego se puso de rodillas y oró. Volviéndose hacia la muerta, dijo: «Tabita, levántate». Ella abrió los ojos y al ver a Pedro se incorporó.”* (Hechos 9.40)

Mientras que a Elías le tocó esperar para tener la respuesta, al apóstol Pedro se le concedió instantáneamente. Recordemos que el Señor es Soberano en todas sus obras, así que hace lo que quiere, como quiere, con quién quiere y cuando quiere; y siempre es justo.

El segundo caso sucedió, mientras Pedro estaba encarcelado. Sucedió que la iglesia se reunió a orar por él. La biblia dice que oraban *“constante y fervientemente”*,

“De repente apareció un ángel del Señor y una luz resplandeció en la celda. Despertó a Pedro con unas palmadas en el costado y le dijo: «¡Date prisa, levántate!». Las cadenas

cayeron de las manos de Pedro. Dijo además: «Vístete y calzate las sandalias». Así lo hizo y el ángel añadió: «Échate la capa encima y sígueme».

Pedro salió tras él, pero no sabía si realmente estaba sucediendo lo que el ángel hacía. Le parecía que se trataba de una visión. Pasaron por la primera y la segunda guardia y llegaron al portón de hierro que daba a la ciudad. El portón se abrió por sí solo y salieron. Caminaron unas cuadras y de repente el ángel lo dejó solo. Entonces Pedro volvió en sí y se dijo: «Ahora estoy completamente seguro de que el Señor ha enviado a su ángel para librarme del poder de Herodes y de todo lo que el pueblo judío esperaba».” (Hechos 12.5–11)

Ese día, en respuesta a la plegaria de un grupo de cristianos, orando juntos en un mismo sentir, el Señor actuó de forma prodigiosa, mostrando su Poder por medio de un asombroso milagro, tal como el que había realizado con Elías siglos atrás. En esa ocasión, el Señor escuchó el clamor de creyentes fervorosos, y contestó de forma inmediata y completa para mostrar su grandeza y magnificencia a favor de Pedro y de su iglesia.

El último ejemplo es el de Pablo y Silas, cuando fueron arrestados y encarcelados por predicar el evangelio. Resulta que,

“los magistrados mandaron que les arrancaran sus ropas y los azotaran. Después de darles muchos golpes, los echaron en la cárcel y ordenaron al carcelero que los custodiara con la mayor seguridad. Al recibir tal orden, este los metió en el calabozo interior y les sujetó los pies en el cepo.” (Hechos 16.22-24)

Pero,

“A eso de la medianoche, Pablo y Silas se pusieron a orar y a cantar himnos a Dios, y los otros presos los escuchaban.” (Hechos 16.25)

Entonces,

“De repente se produjo un terremoto tan fuerte que la cárcel se estremeció hasta sus cimientos. Al instante se abrieron todas las puertas y a los presos se les soltaron las cadenas.” (Hechos 16.33-34)

La respuesta del Señor a la oración de Pablo y Silas fue inmediata, por medio de un terremoto dentro de la cárcel. El sismo fue tan fuerte que abrió todas las puertas de las celdas y soltó las cadenas de los presos. Parece de película, pero toda esa real hazaña tenía más que un propósito dentro del plan de Dios. No solo sería para sacar a Pablo y Silas de la cárcel, sino también para que el carcelero y su familia creyeran en Él: *“A esas horas de la noche, el carcelero se los llevó y*

les lavó las heridas; enseguida fueron bautizados él y toda su familia. El carcelero los llevó a su casa, les sirvió comida y se alegró mucho junto con toda su familia por haber creído en Dios.”
(Hechos 16.26)

Para Meditar

Hemos aprendido que clamar, insistir y confiar no es en vano. El desenlace del relato bíblico muestra que Dios respondió. Elías oró, esperó y perseveró. Y cuando el tiempo de Dios llegó, la respuesta llegó con una profundidad y una abundancia que solo el Señor puede dar.

*Completa los ejercicios reflexionando sobre la respuesta
Progresiva y Abundante del Señor*

1. ¿Qué te enseña la experiencia de Elías sobre el formato de la respuesta de Dios?
2. ¿Has experimentado respuestas progresivas en tu vida espiritual?
3. ¿Según Santiago, cuál crees que es el problema que tenemos los seres humanos al pedirle cosas al Señor?
4. ¿Cómo reaccionas cuando la respuesta de Dios llega de forma distinta a lo esperado?
5. ¿Qué diferencia notas entre la oración personal y la oración en comunidad?
6. ¿Qué promesa de Jesús fortalece hoy tu fe para seguir clamando?

(Usa este espacio para escribir lo que el Señor te haya mostrado sobre tu corazón en esta sección)

[illegible]

Orar conforme a Su voluntad

La Palabra nos enseña que el Señor siempre escucha y responde las oraciones de Sus hijos, aunque no siempre lo haga de la manera que esperamos. También nos recuerda que todo lo que pedimos debe estar alineado con su voluntad, porque cada respuesta que Dios concede tiene un propósito mayor: glorificarse a Sí mismo.

En esto, Su actuar es muy distinto a nuestra tendencia humana, pues —como expone Santiago en su carta— *“cuando piden, no reciben porque piden con malas intenciones, para satisfacer sus propias pasiones”* (Santiago 4.3).

Santiago expone que la realidad del problema humano al acercamos a Dios en oración es que pedimos según nuestros deseos personales. Por eso es muy importante reformatear nuestra forma de orar. Hablar con Dios no consiste en presentar un monólogo, o únicamente mandarle listas interminables de peticiones, sino también en escuchar su voz y solicitar que su voluntad sea hecha.

El Señor Jesús es el ejemplo por excelencia de alguien que ora según la voluntad del Padre. La Biblia enseña que poco antes de ser arrestado, Jesús, siendo el hijo de Dios, sintió tristeza y angustia por lo que tendría que enfrentar (Mt.26.37). La Palabra dice que era tal su angustia que se sentía morir (Mt.26.38; Mr.14.34;). Su cuerpo se había debilitado, su ser interior experimentaba ansiedad.

Y en ese momento de espera, al igual que el profeta Elías, Jesús decidió buscar a su Padre en oración. Lucas explica que *“como estaba tan angustiado, se puso a orar con más fervor y su sudor era como gotas de sangre que caían a tierra.”* (Lc.22.44).

Esto sucedió en el Getsemaní — o Monte de los Olivos—. Jesús se postró rostro en tierra y oró, no una, sino dos veces: *“«Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú».*” (Mt.26.39; Mr.14.35; Lc.22.42). *“Por segunda vez se retiró y oró: «Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este trago amargo, hágase tu voluntad».*” (Mt.26.42; Mr.14.39).

Lo maravilloso del relato es ver la respuesta del Padre. El texto dice: *“Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerlo.”* (Lc.22.43). Hemos visto que el Señor siempre responde. Las oraciones nunca son en vano, nuestro Dios las escucha. Por eso, debemos aprender a orar con corazones dispuestos a aceptar su voluntad, sea cual sea, y desear honrarlo sin importar el formato de la respuesta que dará.

En Su misericordia, el Señor, conociendo nuestra pecaminosidad e incapacidad para dirigirnos a Él en oración con corazones puros, envió al Espíritu Santo para auxiliarnos. La Escritura afirma: *“No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios, que examina los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios”* (Romanos 8.26–27).

¡Qué regalo tan grande! Cuando nuestras palabras son torpes o nuestras motivaciones confusas, no estamos solas: el Espíritu mismo intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios. Romanos 8.26–27 nos permite descansar en esa ayuda divina aun cuando no sabemos pedir como conviene.

Una oración que busca la gloria de Dios

Santiago afirma que *“la oración del justo es poderosa y eficaz”* (Santiago 5.16). La palabra “justo”, en el idioma original (δίκαιος — dikaïos), describe a alguien que actúa con rectitud y equidad y vive conforme a lo que Dios demanda.

Humanamente hablando, ninguno de nosotros vive esas características de manera perfecta. Sin embargo, en el versículo siguiente (v. 17), Santiago presenta al profeta Elías diciendo que *“Elías era un hombre con debilidades como las nuestras”* (Santiago 5.17). El punto del pasaje es profundamente consolador, muestra que la eficacia de la oración no depende de que la persona sea sobrehumana. Elías compartía nuestras debilidades y, aun así, oró con fe y perseverancia; Dios escuchó su oración y envió la lluvia.

Es muy importante mantener en mente que el Señor conoce las motivaciones que acompañan nuestras peticiones. Dios sabe si lo que pedimos nace del deseo de honrar Su nombre o de satisfacer nuestras propias pasiones. Por eso, la oración cristiana no busca imponer nuestra voluntad, sino aprender a pedir conforme a la Suya y descansar en que Su respuesta será coherente con Su carácter y Sus propósitos.

Sin embargo, a pesar de entender esto, podemos descansar en una certeza inquebrantable: nuestras oraciones nunca son en vano. En los tiempos de espera, especialmente cuando las promesas parecen imposibles, Dios siempre está obrando para bien de sus hijos, y podemos contar con la certeza de que en algún momento responderá. Tal vez no lo hará como esperamos, ni cuando deseamos, pero siempre conforme a su bondad, misericordia y para nuestro mayor bien.

La respuesta que siempre llega

Hemos estado aprendiendo que, después del tiempo de espera, el Señor respondió a la oración de Elías. La enseñanza para nosotros es que podemos confiar en que Dios oye las oraciones de Sus hijos y responde conforme a Su voluntad. En el caso del profeta, la respuesta comenzó con una pequeña señal y culminó en una fuerte lluvia.

Cuando apareció la pequeña nube, por insignificante que pareciera, el profeta creyó que era suficiente. Para él, esa mínima señal fue todo lo que necesitó para entender que el Señor ya había respondido. Así mismo ocurre muchas veces con nosotros. La respuesta no siempre será inmediata. A veces será paulatina, y en esos momentos Dios espera que sigamos creyendo, tal como lo hizo Elías.

Así que, cuando en medio de la espera percibamos una “pequeña nube en el horizonte”, no debemos despreciar los comienzos pequeños. Al mismo tiempo, necesitamos seguir discerniendo y confiando en la Palabra de Dios, sin convertir cualquier señal circunstancial en una promesa que Él no haya dado. En el caso de Elías, aquella nube estaba directamente vinculada con la palabra que el Señor ya había anunciado.

Esta verdad no se aplica solo al pasado ni a los relatos bíblicos.

Hoy, muchos seguimos esperando una contestación por parte de Dios. Seguimos orando. Seguimos confiando.

Algunas respuestas llegan rápido. Otras tardan más. Pero todas tienen algo en común: Dios nunca abandonada en los procesos de espera. La espera no es un periodo sin sentido; es un espacio donde la fe se fortalece, el carácter se forma y la esperanza cobra sentido.

Un Dios conocido, una oración segura

Elías conocía profundamente al Dios en quien creía y a quien servía, por eso no dudó ni un instante en Su Palabra. Se aferró a la certeza del Dios de sus antepasados y, desde esa convicción, elevó esta oración: “... *Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! Haz que hoy todos sepan que tú eres el Dios de Israel y que yo soy tu servidor, y que he hecho todo esto porque tú me lo has pedido. Contéstame, mi Dios; contéstame para que este pueblo sepa que tú eres Dios, y que desees que ellos se acerquen a ti.*” (1 Reyes 18.36–37)

En su clamor, el profeta invocó al “Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”, recordando la relación de pacto con la nación. Aunque el pueblo estaba descarriado, Elías sabía que seguía siendo el Dios de Israel. Además, él se presentó como Su siervo y afirmó que había hecho todo conforme a la palabra recibida de Dios.

Elías tenía la certeza de que el Señor lo estaba escuchando y que también respondería y cumpliría su Palabra. Dos veces clamó: «¡Contéstame, mi Dios, contéstame!». La respuesta tenía un propósito específico en el corazón del profeta: que *todos sepan que tú eres el Dios de Israel ... y que deseas que ellos se acerquen a ti*. Y es que, al final de cuentas, toda respuesta, en medio de cualquier prueba o proceso de espera, tendría que producir en nosotros el mismo deseo: glorificar el nombre del Señor y acercarnos a Él.

Para Meditar

*Medita en la siguiente verdad: Dios Siempre Responde,
aun cuando Sus tiempos no coinciden con los nuestros*

1. ¿Qué te está enseñando Dios en tu tiempo de espera actual?
2. ¿Cómo describirías una fe madura?
3. ¿Por qué crees que al Señor le gusta que lo busquemos en oración y le pidamos?
4. ¿Cómo puedes devolverle la gloria al Señor cuando contesta tu respuesta?
5. ¿Qué piensas de la ayuda que ofrece el E.S para ‘traducir’ nuestras oraciones ante el Padre?
6. Explica por qué Santiago dice que *“Elías era un hombre con debilidades como las nuestras”*.
7. ¿Cómo te hace sentir el saber que la respuesta no siempre será lo que deseamos?
8. Lee de nuevo la oración del profeta Elías. ¿Cuál sería tu clamor en tu tiempo de espera?

(Usa este espacio para escribir lo que el Señor te haya mostrado sobre tu corazón en esta sección)

[illegible]

Dos decisiones en medio de la espera

A lo largo de este estudio hemos aprendido que, cuando atravesamos un proceso de espera, existen dos maneras muy distintas de responder: 1) como Acab o 2) como Elías.

1. Como Acab: con una rebeldía disfrazada de obediencia.

Aparentar creer en la Palabra del Señor, así como fingir aceptación y sometimiento son acciones que reflejan un corazón incrédulo, contumaz, necio, y que permanece cerrado ante la voluntad de Dios. Tarde o temprano, esas reacciones terminan revelando las verdaderas intenciones del corazón.

Responder en oposición al Señor es decidir tomar el control de las circunstancias y empeñarse en imponer la voluntad personal. Es desatar una discusión con Dios, peleando por retener las soluciones humanas y persistiendo en esperar sin fe ni esperanza. Reaccionar como Acab es vivir preocupados por lo terrenal, desenfocados de lo eterno, reclamándole al Señor —con osadía e irrespeto— aquello que solo Él tiene la autoridad de determinar.

Responder como Acab es una decisión autodestructiva. Al rechazar los mandamientos del Señor, nos adentramos en el camino que nos conduce inevitablemente a la toma de malas decisiones. En ese estado somos más propensos a dejarnos seducir por los deseos de nuestros corazones inmaduros, incrédulos y endurecidos.

Pero vimos que hay una segunda forma de reaccionar:

2. Como Elías: con una fe firme, activa e inquebrantable.

En primer lugar, Elías creyó en el mensaje que Dios le dio desde el primer instante. En segundo lugar, mientras aguardaba el cumplimiento de ese mensaje, cuando aún no existía ningún indicio visible de lluvia, afirmó, declaró con certeza aquello que todavía no podía ver, ni oír, simplemente porque confiaba en que la Palabra del Señor se cumpliría.

Durante ese tiempo de espera, su respuesta no fue desentenderse de la situación. Su decisión inmediata fue acudir al Señor en oración. Elías buscó un lugar estratégico, se postró con reverencia, y en total dependencia adoptó una postura que reflejaba su súplica genuina. Al colocar su rostro entre las rodillas demostró un clamor fervoroso, apasionado

e insistente. El profeta depositó su carga delante de Dios y perseveró en oración hasta recibir la respuesta tan esperada.

Al inicio de este estudio comenzamos reconociendo que esperar duele, cansa y confronta la fe. Aprendimos que la espera no es un tiempo muerto, sino un espacio donde Dios trabaja en el corazón. Vimos a Acab endurecer su corazón, y a Elías subir al monte, inclinarse y perseverar en la oración aun cuando el cielo no daba indicios de lluvia. Acompañamos su insistencia, su paciencia y su confianza firme en la promesa de Dios.

Luego, observamos cómo la respuesta llegó. No de golpe. No de inmediato. Sino progresivamente. Primero como una nube pequeña y después como un aguacero abundante. La historia de Elías nos recuerda que Dios siempre cumple lo que promete, aunque sus tiempos no siempre coincidan con los nuestros.

Las preguntas que confrontan

Las preguntas que ahora debemos hacernos son inevitables: ¿cómo reaccionaremos ante nuestros propios procesos de espera? ¿Responderemos como Acab o como Elías? ¿Elegiremos una rebeldía disfrazada de obediencia o una fe inquebrantable?

El Señor nos invita a seguir el ejemplo del profeta: creer en Su Palabra, esperar con fe y perseverar en oración. Elías permaneció confiando hasta ver el cumplimiento de aquello que Dios le había anunciado.

Sabemos que nuestro Dios sigue siendo el mismo Dios de Elías: Todopoderoso, bondadoso y cercano; un Dios que escucha el clamor de Sus hijos y cumple Su Palabra. Por eso podemos esperar con confianza, aunque Su respuesta no siempre llegue de la manera ni en el momento que imaginamos.

Debemos saber que cuando la respuesta del Señor es un “sí” Él nos lo hará saber con claridad. Cuando es “no”, también dará entendimiento, acompañado de gracia. Y si su respuesta es “espera”, aunque tarde, cuando llegue será certera, abundante, copiosa y poderosa, como el torrente de lluvia que recibió Elías.

Tal vez al llegar a este punto del estudio tu situación ha cambiado. Tal vez sigues esperando una respuesta clara. O tal vez ya has comenzado a ver señales pequeñas, como aquella nube en el horizonte. Sea cual sea tu realidad hoy, este estudio nos deja una certeza firme: Dios siempre escucha. Dios responde. Dios es fiel. La fe no siempre pasa por alto la espera, pero sí nos capacita para vivirla.

Elías no provocó la lluvia con su esfuerzo; él confió en el Dios que gobierna los cielos. De la misma manera, nosotros no podemos cambiar las circunstancias por nuestras fuerzas, medios o decisiones. Pero, sí podemos confiar en que no vamos solos caminando en nuestros procesos. Dios está presente en cada momento, circunstancia, oración y lágrima en el tiempo de espera.

Recordemos que confiar no es sinónimo de recibir lo que queremos. Tampoco significa que obtendremos todas las respuestas. Confiar es decidir descansar en aquel que sí las tiene. La historia no termina en el proceso. La victoria se va evidenciando cuando, poco a poco, el obrar del Señor continúa transformando nuestro corazón cada vez que decidimos orar, confiar y esperar con esperanza y con los ojos puestos en Jesús.

Oro para que el Señor haga florecer esta Palabra en nuestros corazones. Cómo ha sido de bendición para mí, deseo que también lo sea para ti.

Para Meditar

Contesta meditando sobre las dos opciones para enfrentar la espera

1. ¿Cómo fue la respuesta de Dios para Elías?
2. ¿Qué ha cambiado en tu manera de esperar después de entender que a veces el Señor puede responder de manera paulatina?
3. Lee el párrafo, y luego contesta las preguntas...

En algunos momentos, la respuesta del Señor puede parecernos difícil de entender. Desde nuestra perspectiva limitada, podríamos sentir que quienes no le buscan prosperan más rápido, o que las respuestas llegan primero a otros y no a nosotros. Cuando esos pensamientos surgen, no es motivo de culpa, sino una invitación a examinar el corazón con calma y honestidad. ¿Qué está revelando en nosotros esa comparación? ¿Confianza o inquietud? ¿Esperanza o queja? La Palabra nos recuerda que Dios ve más allá de lo visible. Él conoce las intenciones profundas, los procesos ocultos y las historias completas que nosotros no alcanzamos a comprender. Nada se le escapa. Su justicia no es parcial ni apresurada; es perfecta, eterna y siempre guiada por amor.

- a. En esta etapa de tu vida, ¿hay alguna situación en la que estés comparando tu proceso con el de otros? ¿Qué decisión concreta puedes tomar hoy para dejar de medir la justicia de Dios con tus ojos y comenzar a descansar activamente en Su carácter?
- b. Si hoy tuvieras que entregarle al Señor esa sensación de “no entiendo por qué”, ¿qué parte de ti necesitaría rendirse para confiar plenamente en su justicia, aun sin tener todas las respuestas?

El relato de Acab y Elías contrasta dos maneras de responder delante de Dios. También nos recuerda que las apariencias no engañan al Señor: Él conoce las motivaciones del corazón y obra conforme a Sus propósitos, aun cuando nosotros no alcanzamos a comprenderlos por completo.

4. Hemos visto que a veces el Señor responde ‘sí’, otras dice: ‘no’, y en algunas ocasiones nos pide que ‘esperemos’. Piensa en ejemplos de cómo Dios te ha contestado en cada una de estas formas. Agradécele porque siempre ha estado presente.
5. Reflexiona y responde ¿Cómo deseas seguir caminando en tu Fe a partir de hoy?

NOTAS Y OBSERVACIONES

(Usa este espacio para escribir lo que el Señor te haya mostrado sobre tu corazón en esta sección)

[illegible]

Enseñanzas Prácticas para el Diario Vivir

Lo que has recorrido en estas páginas, ahora se resume en 14 verdades aplicativas, de manera clara y práctica, para que puedas recordarlas, utilizarlas y caminar con ellas cada día.

1. La espera es parte del camino de la fe

La espera no es un error ni una señal de fracaso espiritual. En la vida de fe, esperar es parte del proceso que Dios utiliza para formarnos. A través del estudio aprendimos que la espera duele, incomoda y confronta, pero también revela dónde está puesta nuestra confianza.

Esperar no significa que Dios esté ausente; significa que Él sigue obrando, aun cuando no lo vemos.

2. Dios permanece presente aun en el silencio

El silencio de Dios no debe interpretarse como abandono. Muchas veces, cuando no escuchamos una respuesta inmediata, Dios está trabajando en lo profundo del corazón. Aprendimos que Dios no se ha ido en medio de la espera. Él sigue cercano, atento y fiel, incluso cuando nuestras circunstancias no cambian.

La fe comienza a fortalecerse cuando aprendemos a confiar en Su presencia, no solo en Sus respuestas.

3. La espera revela lo que hay en nuestro corazón

Los tiempos de espera sacan a la luz nuestras emociones, temores y expectativas. Nos confrontan con nuestra impaciencia, pero también nos invitan a crecer. En lugar de resistir la espera, somos llamados a permitir que Dios la use para:

- Enseñarnos dependencia,
- Formar nuestro carácter,
- Y profundizar nuestra relación con Él.

La espera nos da la oportunidad de pulir nuestras emociones y tomar la decisión de en quién preferimos confiar.

4. Esperar no es pasividad, es confianza activa

Esperar en Dios no es cruzarse de brazos ni resignarse. Es una actitud activa del corazón que aprende a descansar, aun sin tener todas las respuestas. Durante este estudio entendimos que la espera:

- Dispone nuestro corazón para orar,
- Agudiza nuestro entendimiento para escuchar,
- Y nos reubica correctamente delante de Dios.

Puedes llevar tu espera delante de Dios con honestidad. No necesitas ocultar lo que sientes delante de Él. Dios puede usar este tiempo para fortalecer tu fe. Aprender a esperar es aprender a caminar con Dios, paso a paso, incluso cuando el camino no es claro.

La espera no es el final de la historia; es el comienzo de una vida de fe más profunda.

5. La fe se expresa en acciones concretas

A partir del ejemplo de Elías en 1 Reyes 18.41–45, aprendimos que la fe no es solo una convicción interna, sino una respuesta activa. Elías: creyó la promesa, declaró con fe, buscó a Dios en oración, y perseveró aun cuando no hubo respuesta inmediata.

La fe verdadera no se queda en palabras; se manifiesta en decisiones y acciones alineadas con la confianza en Dios.

6. La oración es el lugar donde la fe se sostiene

A lo largo de este estudio aprendimos que la oración no es un recurso de emergencia, sino el espacio donde la fe se fortalece. Elías se inclinó delante de Dios reconociendo que la respuesta no dependía de su autoridad profética, sino del Señor. Orar no es exigir resultados; es rendirse con humildad, reconociendo nuestra total dependencia de Dios.

7. Perseverar cuando no hay respuesta también es fe

Elías envió a su criado siete veces a mirar hacia el mar. Las primeras veces no hubo señal de lluvia, pero el profeta continuó esperando. Su perseverancia nos recuerda que la fe no es terquedad ni insistencia sin sentido, sino una confianza que permanece apoyada en la Palabra de Dios.

La fe no se mide por la rapidez de la respuesta, sino por la capacidad de permanecer firmes aun cuando no vemos señales. La oración persistente mantiene viva la esperanza mientras esperamos.

8. La espera convertida en oración que produce esperanza

En estas páginas hemos aprendido que la oración no es un recurso de emergencia ni una herramienta para “apagar incendios”, sino una oportunidad para fortalecer la fe. Aprendimos que orar no acorta necesariamente el tiempo de espera, pero sí transforma la manera en que la atravesamos.

La oración sostiene la pausa mientras esperamos.

9. “Esperar Orando, Crecer Confiando”

Puedes seguir orando aun cuando no ves resultados inmediatos. El silencio no es sinónimo de rechazo o negativa. Tampoco invalida la promesa de Dios. Perseverar en oración fortalece nuestra fe y nuestra relación con Él. La oración persistente no elimina la espera, pero nos enseña a vivirla con esperanza. La oración persistente no controla a Dios, pero prepara el corazón para reconocer su obra y aceptar su respuesta, incluso cuando comienza de manera pequeña.

10. Dios siempre responde al clamor sincero

La historia de Elías nos recuerda que Dios no es indiferente a la oración. El relato de 1 Reyes 18.41–45, leído junto con Santiago 5.18, nos muestra que Dios escuchó y respondió. Su respuesta comenzó con una señal pequeña y culminó en una lluvia abundante. Esta experiencia nos anima a confiar en que Dios oye y responde conforme a Su voluntad.

11. La respuesta de Dios puede iniciar de forma gradual

La espera también es parte de la respuesta. Dios no solo responde con resultados, sino con procesos que forman el carácter, fortalecen la fe y enseñan a confiar. La pequeña nube precedió al gran aguacero. Aprendemos a no despreciar ‘las esperas’, ni los pequeños comienzos, porque son parte del obrar de Dios.

12. La espera no niega la fidelidad de Dios

En la espera, la fe aprende a descansar en el tiempo de Dios. No todo se resuelve de inmediato. Aprender a esperar es aprender a confiar. La experiencia de Elías nos recuerda que el tiempo de espera no es abandono, sino preparación.

13. La perseverancia produce madurez espiritual

Dios forma nuestro carácter mientras responde. Orar, insistir y permanecer no desgasta la fe; la fortalece. Y cuando llega la respuesta, no solo transforma la circunstancia; también transforma a la persona que aprendió a confiar, perseverar y descansar en Él.

14. La fe madura descansa en el tiempo de Dios

Dios responde con propósito. En el caso de Elías, la pequeña nube fue seguida por una fuerte lluvia. Confiar no es entender todo el panorama, sino permanecer firmes sabiendo que Dios es fiel y que cumplirá aquello que verdaderamente ha prometido.

ANEXO A

DATOS INFORMATIVOS DE LOS MONTES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

- En la Biblia hebrea, muchos de los encuentros más significativos entre Dios y su pueblo ocurren en las montañas.
- Los primeros y mejor defendidos asentamientos de los israelitas en la tierra prometida se encontraban en una cordillera que se extendía de norte a sur al oeste del valle del río Jordán, a menudo llamada la “zona montañosa central”. Dado que los carros no podían transitar por el terreno montañoso, esta región protegía a los israelitas de los ataques de ejércitos más grandes y poderosos.
- Algunos estudiosos, entre ellos los autores de BibleProject, utilizan la imagen del monte como símbolo de un lugar de encuentro entre Dios y la humanidad. Desde una lectura cristológica, esta imagen puede ayudarnos a pensar en Jesucristo como Aquel que nos conduce al Padre. Esta es una interpretación teológica, no una afirmación explícita de 1 Reyes 18.
- La palabra “montaña” (del hebreo *har*) aparece tempranamente en el relato del diluvio: Génesis 7.19–20 describe las montañas cubiertas por las aguas, y Génesis 8.4 dice que el arca reposó “sobre los montes de Ararat”. Ezequiel 28.14 emplea además la imagen del “monte santo de Dios” dentro de un pasaje poético que alude a Edén. Por tratarse de lenguaje profético y simbólico, conviene no presentar ese texto como una descripción geográfica directa del jardín de Génesis.

[Fuentes: BibleProject—El Sermón del Monte]

ANEXO B

MEDITA EN LA SIGUIENTE INFORMACIÓN

La decisión de Elías de subir a la cumbre del Carmelo no fue un simple desplazamiento geográfico. El texto lo presenta buscando al Señor en una actitud de profunda dependencia mientras esperaba el cumplimiento de la palabra recibida.

Muchos relatos bíblicos significativos se desarrollan en montes. En algunos de ellos, esos escenarios quedan asociados con momentos de encuentro, revelación, obediencia o adoración. Devocionalmente, esta imagen puede invitarnos a apartarnos del ruido y buscar al Señor con un corazón dispuesto.

Allí encontramos a Noé, quien después de salir del arca levantó un altar al Señor (Génesis 8.20). Allí vemos a Abraham subiendo al lugar que Dios le indicó para ofrecer a Isaac (Génesis 22.2–3). Allí contemplamos a Moisés en el monte Sinaí, recibiendo la ley del Señor (Éxodo 19–20).

El simple acto de “subir” encierra un significado espiritual profundo. Representa entrega, sacrificio y rendición. Implica decisión, movimiento intencional y búsqueda voluntaria. Subir es apartarse del ruido, es responder al llamado interno que anhela un encuentro con Dios.

Elías no solo subió físicamente; ascendió espiritualmente con un corazón dispuesto. Y esa invitación sigue vigente hoy: subir, buscar, rendirse... y permitir que el encuentro transforme lo más profundo de nuestro ser.

ANEXO C

LEE CON ATENCIÓN

Cuando el profeta Elías declaró que la lluvia vendría, no sabía en qué momento exacto eso ocurriría. Sin embargo, no optó por sentarse a esperar pasivamente ni dejó que el tiempo simplemente transcurriera. Todo lo contrario.

La certeza de la lluvia que se avecinaba lo impulsó a buscar activamente a Dios. Con prontitud y diligencia, subió al monte y allí permaneció en una actitud de oración y espera delante del Señor.

Elías subió al monte Carmelo y, una vez allí, se inclinó hasta el suelo y puso el rostro entre las rodillas. El texto describe una postura de profunda humillación y dependencia delante de Dios.

¿Qué significó para Elías ese ascenso? Después de todo lo narrado en los capítulos 17 y 18 — incluidas la confrontación pública y la manifestación de fuego en el Carmelo— podemos imaginar el desgaste de la jornada, aunque el texto no describe su estado físico ni precisa cuánto esfuerzo le supuso subir. Lo que sí afirma la narración es que Elías subió a la cumbre del Carmelo, se inclinó hasta el suelo y permaneció expectante hasta que apareció la señal de lluvia.

El relato no llama “sacrificio” a ese esfuerzo físico; sin embargo, devocionalmente podemos ver en su decisión una expresión concreta de entrega, dependencia y perseverancia. Esa fe lo sostuvo en medio de la espera.

Acerca de Mí

Hola, qué alegría saludarte.

Si este libro llegó a tus manos, es probablemente porque compartimos algo muy profundo: el deseo de fortalecer la fe en medio de procesos de espera.

Soy Joanna Molina-Acuña. Nací en El Salvador y, siendo niña, emigré a Canadá junto a mi familia. Desde entonces, Dios ha ido escribiendo mi historia entre la vocación educativa —más de 25 años en el área de la niñez y la educación especializada— y el llamado ministerial que abracé desde muy joven. Me gradué de un Seminario Bíblico Teológico, he servido junto a mi esposo en el pastorado, las misiones y la formación de líderes, y hoy seguimos caminando donde el Señor nos guía.

Desde el 2009 comencé a escribir lo que Dios me enseñaba en mis tiempos devocionales. Lo que empezó como notas y aprendizajes personales, en 2019 se convirtió en un ministerio con un nombre muy sencillo pero muy honesto: *“Si me sirve a mí, quizá también a ti.”* No escribo como alguien que haya alcanzado la meta, sino como una que sigue en la carrera, constante aprendiz, y una compañera de camino que permanece en el proceso, aferrándome a la verdad de que asirse del Señor es lo único que sostiene el alma en los días de prueba.

Si este estudio toca tu corazón, te invito a compartirlo con otros. Puedes encontrar más reflexiones en joanna-molina.com y materiales como este en qtt.lovable.app. Tal vez lo que Él me enseñó en secreto, también sea justo lo que tu corazón necesita hoy.

Hay temporadas en la vida en las que aguardamos una respuesta del Señor y la espera se vuelve pesada, larga y, a veces, aparentemente interminable. Son momentos en los que el silencio de Dios puede confundirnos, cansarnos o incluso desanimarnos. En 1 Reyes 18.41–45 encontramos a dos personajes que reaccionaron de manera muy distinta ante esa pausa: Acab y Elías. A través de sus ejemplos descubrimos que no todos enfrentamos la espera de la misma forma, pero sí podemos decidir cómo responder. Este estudio de “Fe en Tiempos de Espera” nos invita a mirar más allá del silencio y a aprender que, aunque la respuesta no siempre llega como la esperamos, podemos confiar en que Dios escucha, permanece presente y obra conforme a Su voluntad.